

Amuchástegui Herrera, Ana
La navaja de dos filos: una reflexión acerca de la investigación y el trabajo sobre
hombres y masculinidades en México
Revista de Estudios de Género. La ventana, Vol. II, Núm. 14, diciembre-, 2001, pp. 102
-125
Universidad de Guadalajara
México

Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=88412394005>



Revista de Estudios de Género. La ventana
ISSN (Versión impresa): 1405-9436
revista_laventana@csh.udg.mx
Universidad de Guadalajara
México

**La navaja de dos filos: una reflexión
acerca de la investigación y el trabajo sobre
hombres y masculinidades en México¹**

Ana Amuchástegui Herrera

Los autores del género quedan
encantados por sus propias ficciones.

Judith Butler

¹ Agradezco la colaboración invaluable de Roberto García, Yuriria Rodríguez y Elizabeth García en la realización del trabajo de campo y algunos comentarios del material producido, así como la generosidad de Benno De Kjeizer, Juan Guillermo Figueroa, José Aguilar y Eduardo Llerdo, quienes han compartido conmigo su visión del trabajo con hombres en México. Asimismo, conté con la fortuna de colaborar temporalmente con Delia Villalobos en su trabajo de promoción de la salud y la equidad de género en comunidades rurales de Michoacán.

Aunque Butler aplica esta frase a todos quienes hemos sido "generizados" (Butler, 1998), podemos aventurarnos a usarla también para quienes trabajamos, investigamos o teorizamos sobre cuestiones de género. El problema del esencialismo no se reduce al enfoque biologicista, sino que puede permear, sin que sea la intención de sus autores, muchas representaciones del género, entre las cuales están las premisas de las que partimos para nuestro trabajo,

ya sea en políticas públicas, en modelos educativos, e inclusive en las diversas aproximaciones teóricas.

En particular la literatura sobre hombres y masculinidad(es) —de acuerdo con nuevos enfoques del problema— parece estar particularmente en riesgo de representar al género —a la masculinidad en concreto— como si fuera una cosa en sí misma, aunque la intención de desconstruirlo aparezca implícita. Este trabajo pretende poner a discusión algunas de las vertientes de este riesgo.

El presente artículo² está escrito desde mi experiencia como investigadora sobre temas de género y sexualidad con hombres y mujeres. Pero también desde mi experiencia de relaciones con los hombres; como madre novata de un niño de ojos grandes, como compañera no tan novata de un hombre claro, como hija, como amiga, como compañera de trabajo...

¿Puede haber una posición más subjetiva desde donde investigar y reportar lo investigado? Difícilmente. Y sin embargo, aunque muchos lo pretendan diferente, no existe otro modo de hacerlo. La única realidad que conocemos está teñida por los métodos que seguimos para conocerla, y éstos, a su vez, son marcados por la subjetividad del o la investigadora. La diferencia entre el enfoque aquí descrito y aquellos basados en el paradigma objetivista de las ciencias, es que quien investiga explicita y asume la posición desde la cual construye su objeto de estudio e interpreta su material de campo.

Es obvia aquí una interpretación construccionista del conocimiento, orientada por los trabajos seminales de Berger y Luckmann (1968) en sociología, Geertz (1983 y 1989) en antropología y Gergen (1985) e Ibáñez (1994) en psicología. La crítica a la visión objetivista y positivista del conocimiento ha invitado a la reflexión desde hace ya varias décadas. Científicos sociales de diferentes corrientes teóricas –y por medio de diferentes conceptos– han afirmado la importancia de la subjetividad del investigador y el carácter construido del conocimiento, definiéndolo como el resultado de una interacción entre sujeto y objeto de investigación (Devereaux, 1989;

² Una versión breve de este artículo se presentó en el Primer Foro sobre Identidad y Género organizado por la Escuela Nacional de Antropología e Historia en mayo de 2001.

³ Para una revisión de la influencia de esta visión del conocimiento en los métodos cualitativos de investigación en ciencias sociales, ver Martínez, 1996 y Guba y Lincoln, 1994.

Bertaux, 1993, entre otros).³ De modo que me veo obligada a advertir que si el lector busca en estas páginas un reporte "objetivo" de resultados de investigación, saldrá decepcionado. Encontrará más bien una serie de reflexiones teóricas, políticas y metodológicas sobre procesos e interacciones que han desembocado en la producción de textos que pretenden comprender, desde su propio punto de vista, la experiencia de ser hombre para algunos hombres de nuestro país.

La investigación

Este artículo nace del proyecto—en proceso todavía—: "El significado de la reproducción para los hombres: salud, poder y género",⁴

⁴ Esta investigación ha sido auspiciada por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y por una beca de liderazgo de la Fundación MacArthur. Estoy en deuda con los compañeros de tercer nivel (durante 1998 y 1999) del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias y con los participantes de los talleres sobre masculinidad del Equipo de Promoción de la Salud, de Michoacán.

cuya motivación inicial fue conocer algunos de los procesos que intervienen en las prácticas de salud reproductiva de los hombres, especialmente a partir de los significados que atribuyen a la sexualidad y la reproducción.

La investigación consiste en un estudio exploratorio sobre los significados que los hombres atribuyen a su cuerpo, su sexualidad, su reproducción y su salud, atendiendo a sus condiciones materiales de vida y a las relaciones de género en las que están insertos. Se ha buscado conocer cuáles son los malestares, dolores, pérdidas y desventajas de ciertas formas de masculinidad, así como los beneficios que pensarían recibir si cambiara la construcción cultural del género que ellos viven. Se trata de conocer, a

nivel de las emociones, los significados y la intimidad, el efecto de los discursos que constituyen cierta subjetividad masculina, de modo de hacer efectiva aquella máxima de que "lo personal es político", en el sentido de estudiar la dimensión de poder y sujeción que el género implica.

Estas inquietudes surgieron de investigaciones previas sobre sexualidad (Amuchástegui, 1998a, 1998b, 2000; Rodríguez, Amuchástegui, Rivas y Bronfman, 1996), aborto (Rivas y Amuchástegui, 1996) y derechos reproductivos (Rivas, Amuchástegui y Ortiz, 1998 y 1999) en las cuales durante el trabajo de campo se evidenció el carácter eminentemente relacional del género. Es decir, se hizo necesario comprender el lugar de los hombres en los vínculos que perpetúan la desigualdad entre hombres y mujeres a la vez que analizar la masculinidad en su contradictoria dimensión de mandato restrictivo y "pedagogía para la opresión".⁵

La "masculinidad" como categoría teórica y empírica y la explosión de trabajos relacionados con el tema surgieron recientemente —hacia el inicio de la década de los ochenta— y obedecen a una serie de procesos sociales, políticos y académicos que vale la pena mencionar con el fin de construir, como se dijo anteriormente, el contexto en el cual se está realizando este estudio y la posición desde la cual investigo el tema.

⁵ Guillermo Núñez, comunicación personal. I Reunión de Organizaciones Civiles que trabajan con Hombres, Querétaro, México, 2000.

Los puntos de partida: encargos y demandas

A mi parecer, el gran interés por el estudio de la (o las) masculinidad(es) y el trabajo con hombres a nivel internacional –principalmente en el mundo anglosajón– surge de cinco fuentes fundamentales:

Las transformaciones que el movimiento feminista norteamericano e inglés trajo tanto en la academia como en las relaciones de pareja durante las décadas de los setenta y ochenta, que incitaron a algunos hombres a reflexionar sobre su participación en la desigualdad de género. En particular, algunos sociólogos cercanos al marxismo y a las luchas sociales de las mujeres se mostraron sensibles a la democratización de las relaciones íntimas y de las familias. Tal es el caso de Seidler (1991) en Inglaterra, de Kimmel (1987) en Estados Unidos, de Kaufmann (1989) en Canadá y de Connell (1987) en Australia.

El surgimiento del movimiento homosexual y los estudios gay, así como la necesidad de criticar la homofobia.

La flexibilización del empleo, la destrucción del orden salarial (Olivarría, 2001) y el ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo en los países del llamado tercer mundo, que han traído como consecuencia el cuestionamiento de la provisión material de la familia como función exclusiva de los hombres y como emblema principal de la masculinidad.

Los documentos internacionales firmados en las conferencias de Cairo y Pekín, en los cuales se enfatiza la importancia de "incrementar la participación" de los hombres en los procesos reproductivos.

El incremento de los financiamientos que se derivaron de tales compromisos.

La dinámica de estos factores no ha sido homogénea a nivel mundial, aunque la globalización económica, cultural y social ha tenido efectos importantes según el papel que los países juegan en ella. En el caso concreto de México, nos queda la tarea de producir una historia más sistemática sobre el trabajo con hombres y las investigaciones sobre masculinidad, para ilustrar la manera en que cada uno de esos procesos se ha expresado en nuestro país.⁶

Por lo pronto podríamos decir que muchos activistas y académicos han incursionado en el campo a raíz de los conflictos y negociaciones que han realizado con sus compañeras feministas para la transformación de sus relaciones familiares y de pareja. Pero, más allá del componente personal, una buena parte de este trabajo surgió también como respuesta a las demandas de grupos de mujeres, los cuales planteaban que para avanzar en la búsqueda de la equidad —principalmente en la erradicación de la violencia doméstica y el ejercicio de los derechos reproductivos de las muje-

⁶ Cazés (1998) afirma que "estos estudios no comenzaron hace tan poco tiempo, pues los trabajos de incontables investigadores del pasado se ocupan de los hombres, la virilidad y la masculinidad, y gran parte de las obras de las feministas, al menos desde 1949 —cuando apareció *El segundo sexo*— se refieren a esos temas que para las búsquedas libertarias de las mujeres son imprescindibles" (Cazés, 1998: 105). Lo que yo considero es que, a pesar de que sociólogos y teóricas feministas trabajan sobre las relaciones de género o inclusive sobre hombres, la masculinidad como un objeto de estudio discreto y válido por sí mismo, generó un campo vasto y específico de producción de conocimiento apenas recientemente.

res-, era fundamental la transformación de la participación de los hombres en las relaciones de género (Cazés, 1998).

En el área del activismo, y de acuerdo con una tradición más cercana a Latinoamérica -Freire y la educación popular-, estos procesos globales se han reflejado en la impartición de una gran cantidad de talleres sobre masculinidad y la creación de algunas organizaciones de hombres con carácter permanente.⁷ La mayoría de tales gru-

⁷ Salud y Género y el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias (ORHIC) son dos de las organizaciones que llevan a cabo trabajo con hombres en México.

pos y de los académicos que están reflexionando sobre la condición de ser hombres en nuestro país tienen una tendencia profeminista o reconocen la

importancia de la teoría de género para la realización de su tarea.

De modo que, en México, el trabajo con hombres ha estado particularmente cercano al movimiento de mujeres y a sus demandas, más que enfrentado a ellos, como sería el caso de algunos grupos norteamericanos que han reaccionado negativamente a los avances de los derechos de las mujeres.

La política

Sin embargo, la difusión del trabajo con hombres está corriendo, a mi juicio, ciertos riesgos políticos. Por un lado, la suscripción del gobierno mexicano de los documentos internacionales mencionados anteriormente ha promovido el uso indiscriminado de términos como "género", "salud reproductiva" y "masculinidad" en agencias gubernamentales, mas no siempre la aplicación de una perspectiva de género en sus programas. Esto implicaría conocer el contexto en

el cual sucede la reproducción humana, es decir, la situación concreta de las mujeres y las relaciones de poder en las que están inmersas. Por ejemplo, en la Reunión Nacional sobre Hombres y Salud Reproductiva,⁸ varios participantes provenientes de organizaciones gubernamentales reducían el concepto de "salud reproductiva" a sinónimo de planificación familiar y de uso de anticonceptivos. En particular, la preocupación por la "involucración de los hombres en procesos reproductivos" se expresaba en el interés, como lo afirmó un representante de la Secretaría de Salud, por "incrementar la participación de los hombres en las decisiones de planificación familiar". Más allá de que esta meta pudiera contabilizarse con el número de vasectomías realizadas por el Sector Salud, este objetivo refleja una adopción irreflexiva del discurso de la Plataforma de Acción del Cairo, pues no contempla el hecho de que los hombres participan de hecho en las decisiones reproductivas de la pareja, mas no siempre de manera democrática ni respetando los derechos de las mujeres. De no ejercer presión por parte de la sociedad civil y en particular de las organizaciones de mujeres, las buenas intenciones del llamado *male involvement* pueden terminar en formas de reciclar el poder masculino sobre los cuerpos de las mujeres, avaladas por políticas públicas de salud.

El activismo

Otro tipo de riesgos de la difusión del trabajo con hombres me parece percibirlo entre algunas de las organizaciones de la sociedad ci-

⁸ Organizada en 1999 por un conjunto de organizaciones, entre ellas, AVSC International, MEXFAM y CERDAC.

vil. Un ejemplo de ello es la discusión que se dio en la Primera Reunión Nacional de Organizaciones Civiles que Trabajan con Hombres, a la cual algunas mujeres académicas y activistas fuimos

⁹ Delia Villalobos, Ana Ma. Hernández y Pilar Muriedas, Cristina Galante, Patricia Nava y Ana Amuchástegi.

invitadas a una mesa sobre Mujeres que Trabajan con Hombres.⁹

La composición de esta reunión fue sumamente heterogénea, no sólo desde el punto de vista regional sino también en cuanto a los objetivos de los grupos representados: estaban presentes desde grupos gay altamente politizados hasta pequeñas organizaciones de hombres que iniciaban el trabajo con agresores desde una perspectiva de género. En opinión de sus organizadores¹⁰ el en-

¹⁰ Eduardo Liendo y Roberto García, comunicación personal.

cuentro fue sumamente rico, pues permitió el intercambio y la convivencia de hombres heterosexuales y homosexuales reflexionando sobre su condición de hombres, desde los diferentes lugares sociales que ocupan.

Durante la discusión con las mujeres surgieron algunos comentarios que me hicieron pensar en que existen diversas interpretaciones sobre las metas de este tipo de trabajo, no todas ellas atentas a la dimensión de poder que implican las relaciones de género. Por ejemplo, en una buena parte de las intervenciones se hacían comparaciones entre el feminismo y lo que algún participante llamó el "movimiento masculinista". Esta interpretación sugiere que el trabajo con hombres en México es un movimiento social y que debe seguir un camino que supuestamente las feministas han abierto ya. En mi opinión, ninguna de las dos ideas es del todo exacta, pues no me parece que este trabajo sea un "movimiento", en el sentido de

convocar a grupos oprimidos a luchar contra las fuerzas que los someten. La idea de un "movimiento masculinista" surge de la necesidad de generar espacios de discusión exclusivos para los hombres, lo cual es fundamental, pero expresado así sugiere la idea de un revanchismo o reacción frente al feminismo y la lucha de las mujeres. Aun entre académicos he escuchado la noción de que se ha trabajado ya suficiente con las mujeres y que ahora "les toca" a los hombres. Afirmaciones como ésta reflejan la idea, bastante difundida en este campo, de que equidad e igualdad son lo mismo; es decir, que tanto hombres como mujeres viven la opresión de género. Aunque esto es definitivamente cierto, el lugar de mujeres y de hombres en las relaciones intergenéricas implica una jerarquía por parte de ellos sobre ellas. De estas consideraciones surge el primer dilema relacionado con el tema que nos ocupa: ¿cómo trabajar sobre la opresión de género que viven los hombres sin negar ni desconocer el poder que ejercen sobre las mujeres?

En mi opinión, el trabajo con hombres en México surgió, como lo dije anteriormente, como respuesta a un movimiento social de mujeres y en conjunto con él, de modo que formaría parte, más bien, de un movimiento general por la equidad de género, en el cual participan los hombres que están cuestionando sus posiciones de privilegio y los costos que ellas les traen.

Un segundo riesgo que detecté en esa fructífera conversación y en otras interacciones con organizaciones y académicos de la masculinidad, es la necesidad de marcar el contenido de la necesaria transformación de los hombres desde una ideología particular. Con

frecuencia se nota una cierta intención –no siempre voluntaria ni consciente– de construir un hombre ideal y un nuevo moralismo, a veces basado en lo que se cree la equidad de género (básicamente la participación en las tareas domésticas y la crianza de los niños) o la no-violencia contra los homosexuales, incluyendo una especie de mandato de ejercer los propios impulsos homosexuales para realmente superar la homofobia. Esta buena intención peca en el fondo de un cierto fundamentalismo consistente en creer que existe una sola forma de transformar las relaciones intra e inter genéricas, dejando fuera la pluralidad y el papel que la autodeterminación, en mi opinión, debería jugar en el proceso. Puede favorecerse con ello una especie de competencia o de vigilancia culpígena, más que una reflexión sobre las condiciones que llevan y permiten a los hombres ejercer relaciones desiguales y los costos que tienen para ellos.

Esta situación plantea otro dilema en el trabajo con hombres: ¿cómo plantear programas de reeducación que no pretendan homogeneizar la experiencia ni el proceso de cambio de sus participantes?, ¿es posible la transformación de las relaciones de género sin la construcción de un nuevo moralismo? No pretendo responder individualmente a estos cuestionamientos, sino proponerlos como temas para la discusión colectiva.

La teoría

El trabajo de interpretación del material de campo me enfrentó a un dilema teórico y metodológico importante: al iniciar la codifica-

ción de los textos de las entrevistas caí en la cuenta de que aplicaba el código "masculinidad" de dos maneras diferentes:

cuando los participantes hacían una referencia explícita al género ("ya ve que así son los hombres", "para hacerme hombre", "los hombres de la casa", etcétera).

cuando a mí me parecía que estaban hablando sobre el ser hombres sin hacerlo explícitamente.

Este segundo procedimiento no me satisfacía del todo, pues mis criterios para aplicar esta definición estaban basados en la literatura y en mi propia experiencia y comprensión de lo que entendía por masculinidad. En suma, la aplicación de la categoría era tautológica, pues encontraba en las entrevistas lo que previamente había visto enunciado en los estudios sobre el tema, de modo que me parecía estar simplemente confirmando lo que otros llamaban masculinidad: una lista más o menos establecida de características atribuidas a los hombres.

No sin antes padecer una angustia considerable, me dediqué a buscar salida a este dilema sólo para encontrar aún más problemas metodológicos como el que explicaré a continuación.

En una reciente reunión con académicos y activistas mexicanos,¹¹ Robert Connell presentó una fotografía en la cual se veía a un grupo de hombres vestidos de diferentes maneras y con expresiones diversas. Se podía ver desde una reina travesti hasta un funcionario vestido de traje y corbata, con su

¹¹ Organizada por el Programa Universitario de Estudios de Género de la UNAM, 2000.

portafolio al lado. Entre ellos se encontraban hombres vestidos con ropas de trabajo, atuendos de cuero o camisetas de algodón. Se nos informó entonces que todos ellos eran homosexuales y que la fotografía formaba parte de una campaña de prevención contra el VIH/SIDA que pretendía mostrar la diversidad de identidades y prácticas homosexuales.

Connell llamó a esta fotografía una muestra de "diferentes masculinidades". Sin embargo, ¿no era una fotografía de diferentes hombres, simplemente? ¿Por qué llamar a ese grupo de personas un conjunto de masculinidades? ¿Es que entonces existen tantas masculinidades como hombres hay? ¿O es que sólo hay un cierto número de masculinidades, discernibles entre sí, que reflejan la existencia de grupos compactos y tipos homogéneos de hombres?

Clatterbaugh (1998) afirma que el secreto mejor guardado en la literatura especializada de habla inglesa es que en realidad tenemos una idea muy vaga de lo que estamos hablando. Para este autor, el uso del término "masculinidad" es errático y diverso, lo cual refleja imprecisión y confusión que tienen necesarias consecuencias en la investigación y la producción teórica. Por ello, sugiere tener cuidado de utilizar los conceptos de masculinidad o masculinidades como fundantes del campo.

Siguiendo a este autor, el concepto de masculinidad(es) implicaría la existencia de una o más entidades discretas que agrupan una serie de características (sean estas actitudes, comportamientos o ideas) observables en ciertas personas o grupos. Sin embargo, para identificar tal entidad es necesario abstraerla de un grupo de indivi-

dos que presenten tales ideas, comportamientos o actitudes, lo cual nos lleva a un callejón sin salida:

A partir de ciertos grupos podemos formarnos una idea de una masculinidad particular pero, como hemos visto, no podemos identificar a un grupo antes de tener una idea de la masculinidad apropiada. Así, estamos atrapados en un círculo en el cual necesitamos una idea A para determinar un grupo B y necesitamos un grupo B para determinar una idea A. ¿Cómo podemos empezar entonces? ¿Cómo podemos romper este círculo? Si no lo hacemos, es factible que terminemos diciendo lo obvio, que una masculinidad particular es ese conjunto de comportamientos, actitudes y habilidades exhibidas por los grupos de individuos que poseen esa masculinidad (Clatterbaugh, 1998: 29).*

* Apartir de esta línea, los asteriscos indican mi traducción personal al español.

Para Clatterbaugh la literatura ofrece en general dos tipos de definiciones:

La masculinidad está constituida por las conductas y actitudes que diferencian a los hombres de las mujeres.

La masculinidad está constituida por estereotipos y normas acerca de lo que los hombres son y/o deben ser.

Ambas definiciones se encuentran llenas de problemas epistemológicos y metodológicos. La primera definición está basada en un cri-

terio estadístico y conductual que para mi gusto tiene dos problemas:

Ignora la importancia de la construcción de significados sociales del género pues se basa exclusivamente en conductas.

Confunde sexo con género al unir en la misma definición la masculinidad y a los hombres.

A pesar de que esta definición merece una discusión profunda, quisiera centrarme en la segunda por la densidad teórica que implica.

La investigación ha demostrado una y otra vez no sólo que los estereotipos y las normas de género son inconsistentes en sí mismas, sino que las prácticas de las personas rara vez se ajustan a ellas, de modo que si pretendemos investigar bajo esta concepción, corremos el riesgo de negar las diferencias y las inconsistencias de la experiencia de ser hombre.

Asimismo, podríamos construir como un conjunto de atributos lo que de otra manera estaría disperso, definiendo como "masculinidad" todo aquello que concuerde con las normas. Es decir, nos veríamos tentados a forzar el material de manera que tanto el estereotipo como los datos de campo ofrecieran una organización coherente.

Me parece que éste es el caso de muchos estudios que acaban describiendo como una entidad discreta una serie de atributos de los hombres o de la definición de ser hombres en grupos particulares. Cornwall y Lindisfame (1994) ofrecen una colección de etno-

gráficas sobre masculinidad a pesar de que parecen compartir la imposibilidad de asirla como objeto de estudio:

...la masculinidad nunca es tangible ni tampoco es una abstracción cuyo significado es el mismo en todas partes. En la práctica, las personas operan de acuerdo con diferentes nociones de masculinidad; una inspección cercana revela un conjunto de nociones con cierto "parecido familiar" (Cornwall y Lindisfame, 1994: 12).

Para Connell (1998) el saldo positivo de estos estudios ha sido mostrar la contradicción, jerarquía y pluralidad de la(s) masculinidad(es) aunque mantiene, junto con muchos otros autores, que la categoría "masculinidad" puede reflejar una organización más o menos coherente de significados, prácticas y normas. De hecho, en su artículo de 1998, Connell se lanza en busca de lo que llama "masculinidades globalizadas", entre las cuales se encuentra la "masculinidad transnacional de los negocios" marcada por "un gran egocentrismo, lealtades condicionadas, y un sentido decreciente de la responsabilidad hacia otros" (Connell, 1998: 16).*

Llama la atención, sin embargo, la advertencia que hace en el uso de este hallazgo:

Debemos, sin embargo, recordar dos conclusiones importantes del momento etnográfico en la investigación sobre masculinidad: que diferentes formas de masculinidad coexisten y que

la hegemonía es susceptible de ser desafiada. Estas posibilidades también se presentan en la arena global. La masculinidad transnacional de los negocios no es completamente homogénea; variaciones de ella están imbuidas en diferentes partes del sistema mundial, las cuales pueden no ser completamente compatibles (Connell, 1998: 17).*

¿Para qué, entonces, insistir en que el concepto es preciso y en que debe ser fundante del campo?

Estas advertencias evocan el debate del término "feminidad" dentro de ciertas corrientes feministas—guardando evidentes distancias históricas y epistemológicas—. Si bien el llamado feminismo de la diferencia afirma la existencia de una feminidad específica de las mujeres (Amorós, 1994) y basa su lucha política en la reivindicación crítica de tal identidad, el feminismo de la igualdad cuestiona su existencia esencial y rastrea el pensamiento dicotómico que ha dado origen a la construcción de lo femenino y lo masculino como opuestos en la cultura occidental (Haste, 1993). Los estudios que he citado aquí simpatizan particularmente con esta última corriente del feminismo, de modo que mi llamado a la reflexión puede ser justificado para evitar una contradicción importante.

Puede ser que hemos dedicado nuestros esfuerzos a construir el concepto de masculinidad por una necesaria pero equívoca reacción a la identificación que se ha hecho del término género con estudios y trabajo sobre mujeres. Es decir, si nuestros títulos fueran "género y trabajo", "género y sexualidad" o similares, probablen-

te los lectores asumirían que se trataría de investigaciones sobre la condición de las mujeres.

En breve, a pesar de los esfuerzos por diversificar y hacer plural la masculinidad y hablar de "masculinidades", en los textos aquí citados estamos más bien presenciando la construcción de una gran contradicción, en el sentido de que la masculinidad parece ser un concepto compacto que en realidad se muestra vacío una y otra vez, pues nos convencemos de su existencia aunque su contenido sea siempre cuestionado por las contingencias históricas y culturales propias de los grupos estudiados.

Es decir, lo que pongo a discusión en este artículo es la pertinencia de seguir construyendo sobre un concepto tan equívoco como el que parece ser la masculinidad, y que consideremos la posibilidad de trabajar sobre el concepto de género, haciendo referencia a los hombres, o a lo masculino como construcción cultural.

La salida que he encontrado para este dilema teórico, epistemológico y metodológico (el cual no pretendo generalizar sino poner a discusión) es insistir en el análisis del género como una categoría relacional, dado que su función, cuando menos en la cultura occidental, es la construcción de diferencias—incluyendo jerarquías—entre dos términos (lo masculino y lo femenino, las mujeres y los hombres, la masculinidad y la feminidad). Construir "masculinidades" múltiples (indígena, negra, blanca, transnacional, judía, etc.) como si fueran un listado organizado de atributos, características o conductas, me parece un camino que corre el riesgo de homogeneizar, no sólo entre sino también dentro de los mismos "grupos",

lo que la evidencia ofrece como una riqueza infinita de significados y prácticas que no se agrupan "natural" ni necesariamente bajo una identidad unitaria de género.

En términos metodológicos, podría utilizarse el término "construcción social de la masculinidad" para designar una serie de discursos sociales que pretenden definir al término masculino del género dentro de configuraciones históricas particulares, diferenciándolo de las propias experiencias de los hombres, que no están reducidos a someterse a tal construcción y que manifiestan innumerables formas de resistencia.

En otra ocasión construí un método basado en el análisis de voces (Amuchástegui, 2001) con el fin de comprender esa difícil relación entre lo micro y lo macrosocial, entendido como la experiencia individual –en este caso la experiencia de ser hombre– constituida en interacción con procesos sociales más amplios. Aunque esta propuesta nació de mi interés por comprender la construcción de la sexualidad, me parece que los procesos que señalo ahí como ele-

¹² Uso este concepto como lo define Foucault (1988), en el sentido de construirse a uno mismo como sujeto de alguna distinción social o identidad, en este caso de género.

mentos fundamentales en tal construcción son útiles también para pensar en subjetividades¹² de género.

Siguiendo el concepto de experiencia según lo construye Voloshinov (1929/1973) y el de polifonía acuñado por Bakhtin (1981), diseñé una metodología de interpretación de textos de material de campo que mostrara la compleja interacción entre los diversos discursos sociales y la experiencia de las personas, especialmente en cuanto a sus posibilidades de resistencia y autonomía frente a ellos.

Si lo que nos interesa es precisamente la relación entre la construcción social de la masculinidad en contextos específicos (estereotipos, normas, ideales, etc.) y la experiencia de los sujetos frente a ella, el análisis de la construcción de significados por parte de las personas es una aproximación pertinente.

En mi caso, considero al significado siempre como producto de un diálogo (aunque se trate del "habla interior"), pues sólo puede existir en el encuentro de al menos dos voces, en un proceso de respuesta mediante el cual un oyente responde a un hablante, aunque éste sea solamente una representación social de otro u otros. No se trata aquí de identificar hablantes concretos (el padre, la madre, el sacerdote o algún amigo), sino voces que indican la presencia de lenguajes sociales en la construcción de significado. A este proceso Bakhtin lo denomina "heteroglosia":

La "heteroglosia" es una expresión del carácter ideológico del lenguaje y de la estratificación social en términos de que el discurso refleja los conceptos del mundo de las clases sociales. De hecho, el lenguaje no es unitario, sino que expresa una coexistencia de ideologías, grupos y hasta épocas contradictorios en una sola expresión. Esta población de discursos se refleja en el lenguaje cotidiano en lo que Bakhtin (1963/1984) llama "polifonía", término que significa la presencia de una multiplicidad de voces en nuestras propias expresiones, con las cuales nos relacionamos de acuerdo con la autoridad que les otorgamos a cada una de ellas (Amuchástegui, 2001: 166).

Esto significa que la construcción de los significados de ser hombre podría ser analizada mediante el análisis de la interacción jerár-

quica de las diversas voces que citamos en nuestras expresiones y que remiten necesariamente a discursos sociales o locales sobre género. De este modo, podríamos diferenciar metodológicamente entre los estereotipos de la masculinidad y las formas en que los sujetos se relacionan con ellos, permitiendo así una complejidad mayor en el objeto de estudio. El resultado de este análisis, sin embargo, no sería la identificación de nuevas "masculinidades" –alternativas o subyugadas–, sino la comprensión de la fluidez de la subjetividad de género. Es decir, entenderíamos la masculinidad como un proceso social y no como un conjunto de atributos organizados en una entidad discernible.

Como he pretendido argumentar, muchos autores en el campo definen a la masculinidad como un proceso fluido, contradictorio e histórico, pero con frecuencia la presentación de sus investigaciones la construyen como un objeto discreto. Este artículo pretende invitar a la reflexión sobre las consecuencias teóricas y políticas de esta aproximación al tema.

Referencias

- AMÓS, Celia. *Feminismo: igualdad y diferencia*, FIC/UNAM, México, 1994.
- AMCHÁSTEGUI, Ana. "La dimensión moral de la sexualidad y de la virginidad en las culturas híbridas mexicanas", en *Relaciones*, núm. 74, vol. XIX, 1998a.

- "Virginidad e iniciación sexual en México: la sobrevivencia de saberes sexuales subyugados frente a la modernidad", en *Debate Feminista*, año 9, vol. 18, México, 1998b.
- *Virginidad e iniciación sexual en México: experiencias y significados*, EDAMEX/The Population Council, México, 2001.
- BEKHIN, Mijail. *Problems of Dostoevsky's Poetics*, Caryl Emerson (trad.), The University of Minnesota Press, Minneapolis, 1963/1984.
- BERGER, Peter y Thomas LUCHMANN. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1968.
- BERTAK, Daniel. "Los relatos de vida en el análisis social", en ACEVES LOZAD, Jorge (comp.). *Historia oral*, Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993.
- BROD, Harry y Michael KAUFMAN (eds.). *Theorizing Masculinities*, Sage, Thousand Oaks, 1994.
- BUTLER, Judith. "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", en *Debate Feminista*, vol. 18, México, 1998.
- CAZÉS, Daniel. "Metodología de género en los estudios de hombres", en *La ventana. Revista de estudios de género*, núm. 8, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1998.
- CLATTERBAUGH, Kenneth. "What is Problematic About Masculinities?", en *Men and Masculinities*, núm. 1, vol. 1, 1998.
- CONNELL, R.W. *Gender and Power*, Polity Press, Londres, 1987.
- *Masculinities*, Polity Press, Cambridge, 1996.
- "Masculinities and Globalization", en *Men and Masculinities*, núm. 1, vol. 1, 1998.

- CORNWALL, Andrea y Nancy LINDISFARNE. *Dislocating Masculinity. Comparative Ethnographies*, Routledge, Londres, 1994.
- DEMEBAK, George. *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI Editores, México, 1989.
- FOUCAULT, Michel. *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, "El sujeto y el poder", en RABINOW, Paul y Hubert DREYFUS (eds.). UNAM, México, 1988.
- GERIZ, Clifford. *Local Knowledge. Further Essays in Interpretive Anthropology*, Basic Books, Nueva York, 1983.
- *El antropólogo como autor*, Paidós, Barcelona, 1989.
- GERGEN, Kenneth y Keith DAMS (eds.). *The Social Construction of the Person*, Springer Verlag, Nueva York-Londres, 1985.
- GUBA, Egon e Yvonna LINCOLN. "Competing Paradigms in Qualitative Research", en DENZIN, Norman y Yvonna LINCOLN (eds.). *Handbook of Qualitative Research*, Sage, Nueva York-Londres, 1994.
- HASLE, Helen. *The Sexual Metaphor*, Harvester Wheatsheaf, Nueva York-Londres, 1993.
- IBÁÑEZ, Tomás. *Psicología social construccionista*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1994.
- KARWAN, Michael. *Hombres. Placer, poder y cambio*, Centro de Investigación para la Acción Femenina, Santo Domingo, 1989.
- KIMMEL, Michael (ed.). *Changing Men, New Directions in Research on Men and Masculinity*, Sage, Newsbury Park, 1987.
- MARRÍNEZ, Carolina. "Introducción al trabajo cualitativo de investigación", en SZASZ, Ivonne y Susana LERNER (comps.). *Para comprender la subje-*

- tividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*, El Colegio de México, México, 1996.
- OLAVARRÍA, José. *Y todos querían ser (buenos) padres*, FIASO, Santiago de Chile, 2001.
- OLESEN, Virginia. "Feminisms and Models of Qualitative Research", en DENZIN, Norman y Yvonna LINCOLN (eds.). *Handbook of Qualitative Research*, Sage, Nueva York-Londres, 1994.
- RIVAS, Marta y Ana AMUCHÁSTEGUI. *Voces e historias sobre el aborto*, EDAMEX, México, 1996.
- Ana AMUCHÁSTEGUI y Adriana ORTIZ ORTEGA. "Because They Were Born from Me: Negotiating Women's Rights in Mexico" en PETICHESKY, Rosalind y Karen JUD (eds.). *Negotiating Reproductive Rights. Women's Perspectives Across Countries and Cultures*, Zed Books, Nueva York-Londres, 1998.
- "La negociación de los derechos reproductivos en México", en ORTIZ ORTEGA, Adriana (coord.). *Derechos reproductivos de las mujeres: un debate sobre justicia social en México*, EDAMEX/UM, México, 1999.
- RODRÍGUEZ, Gabriela, Ana AMUCHÁSTEGUI, Marta RIVAS y Mario BRONFMAN. "Mitos y dilemas de los jóvenes en tiempos del SIDA", en BRONFMAN, Mario (ed.). *SIDA en México: migración, adolescencia y género*, Información Profesional Especializada, México, 1996.
- SEIDLER, Victor. *Recreating Sexual Politics. Men, Feminism and Politics*, Routledge, Londres, 1991.
- VOLOSHINOV, Valentin. *Marxism and the Philosophy of Language*, Matejka, L. y I. R. Titunik (trads.), Harvard University Press, Cambridge, 1929/1973.